



en una mula, precedido de una bandera en donde estaba pintada una imagen del suplicio de su padre. Supo con semejantes artificios conservar el espíritu de los habitantes en estado de agitación [continua, que estorbaba á las pasiones resfriarse y que los cegaba acerca del riesgo á que se exponían tentando á resistir solos á la preponderancia de la autoridad real.

Mientras el ejército estuvo ocupado en Navarra, los regentes no se hallaron con fuerzas para reducir á Toledo por las armas, y ciñeron sus esfuerzos, ya á procurar disminuir el crédito de doña María de Padilla con el pueblo, ya á ganarla con grandes promesas y por las solicitudes de su hermano el marqués de Mondéjar; pero nada pudo doblarla. Después de arrojados los franceses de Navarra, una parte del ejército volvió á Castilla y embistió á Toledo el pecho inalterable de la intrépida María no se asustó. Defendió á la ciudad con mayor vigor; sus tropas derrotaron á los realistas en muchas salidas; el asedio no adelantaba, cuando el clero se declaró contra ella por la noticia de la muerte de Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo. Los eclesiásticos no podían perdonar á doña María haberse apoderado de sus bienes; y como la única queja que formaban contra el emperador, se fundaba en que este arzobispado se había provisto en un extranjero, Carlos, confiriéndolo á un castellano, destruyó el principio de su descontento. Persuadieron al pueblo que María había adquirido sobre él tanto ascendiente por sus sortilegios, que tenía un demonio familiar que la seguía á todas partes bajo de la forma de una negra, y que las inspiraciones de este demonio reglaban todas sus disposiciones. Este pueblo crédulo, fatigado de lo largo del asedio, desesperanzado de recibir socorro de las otras ciudades que se habían confederado con ella al principio, y comenzando á conocer la necesidad de la paz, se amotinó contra doña María, la arrojó de la ciudad y se sometió á los realistas. Esta heroína se retiró á la ciudadela, que defendió cuatro meses enteros con brío prodigioso: reducida al fin al último extremo, tuvo todavía la mano de escaparse á favor de un disfraz, y se refugió á Portugal, donde tenía muchos parientes.

Inmediatamente después de su fuga la ciudadela se rindió y el sosiego se restableció en Castilla. Esta tentativa audaz de los Comunes tuvo el éxito de todas las empresas de esta casta que no se logran; no sirvió más que de extender y confirmar más y más la autoridad real que se proponía limitar y cercenar. Las Cortes prosiguieron en ser parte de la constitución de Castilla, y se convocaron todas las veces que el rey necesitó dinero; mas en vez de seguir la antigua y prudente costumbre de corregir los agravios del pueblo antes de otorgar ninguna recaudación de dinero, tomaron el partido de hacer la corte al rey, comenzando por conceder el subsidio; y cuando el soberano había obtenido todos sus deseos, no les permitía ya investigar los abusos del gobierno, ni intentar ninguna reforma que pudiera perjudicar á su autoridad. Los privilegios que las ciudades gozaban antes, se fueron restringiendo poco á poco, ó aboliendo del todo: desde entonces su comercio comenzó á declinar, y haciéndose menos ricas y pobladas, perdieron el poderío é influjo que habían adquirido en la asamblea de las Cortes.

Mientras la guerra civil desolaba á Castilla, facciones más violentas aún despedazaban al reino de Valencia. La liga que se había formado en la ciudad de Valencia en 1520, y que había tomado el nombre de hermandad (*Germanada*), continuó en subsistir después que el emperador dejó á España. Este partido, bajo el pretexto de defender las costas contra los desembarcos de los corsarios de Berbería, y á la sombra del permiso que Carlos había tenido la imprudencia de concederle, rehusó dejar las armas. Mas como las quejas de los habitantes de Valencia tenían menos por objeto á las usurpaciones injustas de la autoridad real sobre sus privilegios, que á las exacciones é insolencias de los nobles, contra éstos especialmente se dirigió su encono. Desde que tuvieron licencia de permanecer armados, y aprendieron á conocer sus fuerzas, no pensaron sino en vengarse de sus opresores. Expelieron á los nobles de la mayor parte de las ciudades, saquearon sus casas, talaron sus tierras y atacaron á sus castillos. Eligieron en seguida á trece personas



de cada gremio de comerciantes establecidos en Valencia y les dieron la dirección del gobierno para reformar, decían ellos, las leyes; para establecer de una manera uniforme el modo de ejercer justicia, sin parcialidad y sin respetos á la distinción de la calidad, y para acercar así á los hombres á la igualdad primitiva.

Los nobles se vieron precisados á tomar las armas para su defensa. Las hostilidades principiaron de una y otra parte, y se llevaron adelante con toda la animosidad que inspiraba al pueblo el resentimiento de la opresión, y á la nobleza la idea del ultraje que se hacía á su dignidad. Como no se encontraba un solo hombre de nacimiento ó de educación distinguida, que entrara en la *Germanada*, no tenía al frente de sus consejos más que oscuros artesanos, y semejantes caudillos no podían ganar la confianza de una plebe violenta sino por la ferocidad de su celo y por la extravagancia de sus proceder. En tal sociedad, las leyes introducidas por las naciones civilizadas para limitar y moderar el estrago de la guerra, debían desconocerse ó despreciarse, así que no hay crueldad y exceso que no cometieran, ni ultrajes que no hicieran á la humanidad.

El emperador, ocupado en apaciguar las revueltas de Castilla, que amenazaban más de cerca su poder, y á sus prerogativas, no se hallaba en estado de atender mucho á las sublevaciones de Valencia; dejó á la nobleza de este reino el cuidado de defender, como pudiera, su propia causa.

El conde de Melito, virey, tenía el mando en jefe de las tropas que los nobles juntaron entre sus vasallos. La *Germanada* mantuvo la guerra durante los años 1520 y 1521 con más brío y perseverancia que se debía aguardar de un populacho indisciplinado, conducido por caudillos tan ruines. Deshizo á los nobles en muchas acciones, que fueron muy vivas sin ser de entidad, los forzó á abandonar todas sus tentativas contra diferentes ciudades. Pero los nobles, más instruidos en el arte militar y con tropas mucho más aguerridas, tuvieron la superioridad en casi todos los combates. Al fin, auxiliados de un cuerpo de caballería caste-

llana, que los regentes enviaron á Valencia inmediatamente después de la victoria que ganaron á Padilla en Villalar, este socorro les dió tan gran ventaja, que consiguieron bien pronto disipar y arruinar totalmente á la *Germanada*. Los jefes del partido fueron condenados á muerte y á todos los tormentos que la venganza de las injurias recientes pudo hacer imaginar á enemigos irritados. El gobierno de Valencia fué restablecido en su antigua forma.

Se vieron asimismo aparecer en Aragón algunos síntomas de aquel espíritu de descontento y sedición, que dominaba en los demás reinos de España; mas el virey, D. Juan de Lanuza, se condujo con tanta prudencia, que logró ahogar este germen de discordia antes que brotara una insurrección declarada. No fué así en la isla de Mallorca; las mismas causas que habían excitado las sublevaciones de Valencia produjeron efectos no menos violentos. El pueblo, cansado de soportar la opresión en que le tenía la jurisdicción rigurosa de la nobleza, se armó, depuso al virey, le arrojó de la isla y asesinó á todos los nobles que cayeron por desgracia en sus manos, y persistió en su revolución con obstinación igual al furor que le había arrastrado á ella. Fueron menester esfuerzos considerables para hacer volver á los mallorquines á la obediencia, y no se pudo reducir á estos isleños, hasta después de restablecido el sosiego en España.

Al observar lo general que era entre los españoles tal espíritu de descontento, y cuántas causas cooperaban á precipitarlos en estos medios violentos á fin de obtener la reparación de sus agravios, se pasma uno que los quejosos de los diferentes reinos de España hayan conducido tan mal sus operaciones, sin ningún concierto, y aun sin ninguna comunicación entre sí. Si hubieran unido sus armas y consejos, habrían obrado con mucho más vigor y felicidad. La apariencia de una confederación nacional habría hecho á esta liga respetable á los ojos del pueblo, y formidable al soberano. El emperador no se habría podido resistir á sus fuerzas combinadas, y se habría visto forzado á aceptar las condiciones que los jefes hubieran gustado prescribirle. Pero muchos





motivos impidieron á los españoles formar un sólo cuerpo y guiarse por un mismo y único plan. Los pueblos de los diferentes reinos, aunque súbditos de un mismo soberano, conservaban una antipatía nacional entre sí. La memoria de sus rivalidades y hostilidades antiguas estaba aún fresca, y el enojo de sus mútuas injurias estaba tan entero, que les era imposible fiarse uno de otro. Cada nacion prefirió no descansar sino en sí misma, y sostener sola todo el choque, más bien que implorar el auxilio de las naciones vecinas. A esto se añade que las formas de gobierno en los diferentes reinos de España eran tan diferentes, y las mudanzas que cada pueblo anhelaba eran tan opuestas, que no hubiera sido fácil hacerlas concurrir á la ejecucion de un plan comun. Cárlos debió á esta desunion la conservacion de sus coronas de España: cada uno de dichos reinos obrando así separadamente, acabaron por verse todos obligados á someterse á la voluntad de su soberano.

La llegada del emperador á España causó la más viva inquietud en el corazon de aquellos vasallos que habian tomado las armas contra él; pero calmó bien pronto estos crueles temores por un acto de clemencia, que le fué inspirado, tanto por un cálculo de prudencia, como por un efecto de generosidad. En una insurreccion tan universal, que habia culpado á tantos, apenas hubo veinte ajusticiados en Castilla. Su consejo le instó vivamente á que mostrara mas severidad; pero rehusó siempre verter más sangre por mano de los verdugos, y publicó una amnistía general, extensiva á todos los crímenes cometidos desde el principio de la rebelion. Exceptuó únicamente á ochenta personas, y aún parece que las nombró para intimidar á los demas, y sin tener designio alguno de perseguirlas en la realidad. Un oficioso cortesano, habiéndole ofrecido descubrirle en dónde estaba oculto uno de los principales proscritos, desechó su ofrecimiento con una chanza de generosidad: «Véte, díjole, no tengo nada que temer de ese hombre; pero él tiene motivos para alejarse de mí, y tú harías mucho mejor en decirle que yo estoy aquí, que en informarme del lugar en que él para.» Esta apariencia de magnanimidad, su

cuidado en evitar todo cuanto habia ofendido á los castellanos durante su primera residencia entre ellos, su aptitud á adoptar sus costumbres, á hablar su idioma, á acomodarse á sus opiniones y usos; todo esto le ganó bien pronto sobre ellos un ascendiente, que jamás habian tenido sus soberanos españoles, y los empeñó á ayudarle en todas sus empresas con un celo y valor, que contribuyeron particularmente á sus triunfos y grandeza.

A tiempo que Cárlos aportaba á España, Adriano la dejaba para ir á Italia á instalarse de su nueva dignidad. Desde largo tiempo el pueblo romano aguardaba impacientemente su llegada; mas cuando vió á este nuevo soberano, no pudo encubrir su sorpresa y disgusto. Los romanos, acostumbrados al fausto real de Julio II y á la elegancia brillante de Leon X, vieron con desprecio á un anciano, humilde y sencillo en su modo, de costumbres austeras, enemigo del fausto, sin aficion á las artes, y sin ninguna de aquellas cualidades exteriores y respetables que el vulgo espera siempre encontrar en los hombres elevados á la primera jerarquía. Sus miras y máximas políticas parecieron á sus ministros no ménos extrañas. Reconocia y lamentaba los vicios que se habian introducido en la Iglesia y en la córte romana, y se preparó á reformar una y otra.

No dejaba traslucir ningun anhelo de promover su familia á los primeros cargos, y aún escrupulizó conservar los territorios que algunos de sus predecesores habian adquirido por fraude ó por violencia, más bien que por ningun título legítimo; en consecuencia, restableció á Francisco María de la Rovere en la posesion del ducado de Urbino, de que Leon X le habia despojado, y restituyó al duque de Ferrara muchas plazas que el estado de la Iglesia le habia arrancado. Unos hombres tan poco acostumbrados á ver á los príncipes reglar su conducta por las máximas de la moral y por los principios de la equidad, no podian ménos de mirar estas acciones del nuevo papa como pruebas incontestables de su flojedad é inexperiencia. Adriano, por su parte, ignorando absolutamente el sistema vasto y complicado de la política italiana, y no pudiendo depositar su



confianza en personas cuya sutileza refinada en los negocios se avenia tan mal con la sencillez y candor natural de su carácter, se encontraba á menudo embarazado é irresoluto en las deliberaciones. La opinion de su incapacidad se confirmó de dia en dia, y su persona, como su conducta política, se convirtió bien pronto en objeto de desprecio para sus súbditos.

Adriano, aunque dedicado al servicio del emperador, se esforzaba, sin embargo, todo lo posible por tomar el carácter de imparcialidad que convenia al padre comun de la cristiandad; no perdonaba á ningun paso por reconciliar á los príncipes discordes y por empeñarlos á ligarse todos contra Soliman, más formidable que nunca á la Europa por la conquista reciente de la isla de Rodas; mas esta empresa sobrepujaba mucho á sus talentos. Para desenredar tantas pretensiones opuestas, para conciliar tantos intereses que se cruzaban, para ahogar todas las pasiones que la ambicion, la envidia y el encono habian encendido, y para atraer tantas potencias enemigas á seguir el mismo plan con vigor y unanimidad, no bastaba un corazon recto é intenciones puras; se habria requerido tambien gran superioridad de entendimiento y mucha habilidad.

Los estados de Italia deseaban la paz con no ménos viveza que el papa mismo. El ejército imperial á las órdenes de Colonna estaba en pié todavía; mas como las rentas que el emperador podia sacar de España, de Nápoles y de los Países-Bajos se habian agotado ó invertido en otros objetos, dependia enteramente de los italianos para su manutencion y paga. Gran parte de las tropas tenian sus cuarteles en los estados eclesiásticos, y el virey de Nápoles recaudaba mensualmente contribuciones de los florentinos, milaneses, genoveses y luqueses. Todos levantaban el grito igualmente contra estas exacciones y no aguardaban sino la ocasion de libertarse de ellas; pero el miedo de males aún mayores que podia causarles el furor del ejército ó las iras del emperador, los obligó á someterse.

Sin embargo, las instancias del papa y la publicacion de una bula exhortando á todos los

príncipes cristianos á consentir en una tregua de tres años, tuvieron bastante efecto para determinar á los gabinetes de España, de Francia y de Inglaterra á enviar á sus embajadores poderes para tratar este asunto; pero miéntras que estos ministros malgastaban su tiempo en negociaciones estériles, sus soberanos continuaban sus aprestos de guerra.

Los venecianos habian perseverado hasta entonces fieles aliados de Francisco; más viendo sus negocios en Italia en situacion desesperada, se confederaron contra él con el emperador. Adriano mismo, instigado por el virey de Nápoles, Cárlos de Lannoý, su amigo y paisano, que le persuadió que la paz no encontraba obstáculos sino en la ambicion del rey de Francia, entró luégo en la liga. Los demas Estados de Italia siguieron su ejemplo, y Francisco se encontró abandonado á sus propias fuerzas, sin un sólo aliado ya, para hacer frente á tantos enemigos cuyas armas le amenazaban por todos lados.

Se debia creer que una liga tan temible iba á obligar á Francisco á mantenerse únicamente sobre la defensiva, ó que le quitaria al ménos toda idea de volver aún á Italia. Mas tal era el carácter de este príncipe, que alojaba demasiado fácilmente, y hasta se descuidaba en las ocasiones ordinarias, en vez de que se reanimaba al acercarse el peligro, y sabia, no sólo despreciarlo con intrepidez, cualidad que nunca le abandonó, mas tambien prevenirlo y rechazarlo con tanta actividad como maña. Antes de que sus enemigos pudieran plantificar ninguno de sus proyectos, Francisco habia juntado ya un numeroso y florido ejército. Gozaba sobre sus súbditos una autoridad mucho mas absoluta que la que Cárlos y Enrique ejercian en los suyos. Estos dependian de sus parlamentos para subsidios, y no les concedian de ordinario más que cantidades módicas, con mucha lentitud y despues de muchas dificultades. Francisco podia pedir á su nacion impuestos mucho más cuantiosos y recaudarlos con más prontitud: de suerte que su ejército iba marchando ya en esta campaña, como en las precedentes, y sus enemigos buscaban aún expedientes y arbitrios para juntar tropas. Francis-





co, que conocía sus ventajas, se lisonjeó malogrando todos los planes del emperador capitaneando él mismo su ejército al Milanés; y este golpe atrevido, tanto más temible para sus enemigos, cuanto ménos lo aguardaban, no podía ménos de producir el efecto que esperaba. La vanguardia de su ejército estaba á las puertas de Leon y él mismo la seguía ya á la cabeza de la segunda division de sus tropas, cuando el descubrimiento de una conspiracion doméstica, que puso el reino á dos dedos de su ruina, le obligó á detenerse y mudar de disposiciones.

El autor de esta trama peligrosa era Carlos, duque de Borbon, condestable de Francia. Su elevado nacimiento, su inmensa fortuna y la autoridad que le daba su empleo, le constituían el más poderoso súbdito del reino, así como era el más ilustre por sus prendas, adecuadas igualmente para aconsejar que para guerrear, como tambien por sus servicios importantes á la corona. El conjunto de muchas cualidades que le eran comunes con el rey, la misma pasion por la guerra, la misma emulacion por distinguirse en los ejercicios del cuerpo, la igualdad de años y los vínculos de sangre que unian á ambos, debían naturalmente asegurarle el favor del rey.

Por desgracia, Luisa, madre de Francisco, había concebido una aversion violenta á la casa de Borbon sin otro fundamento que la inclinacion particular que tenía á esta rama de la familia real Ana de Bretaña, esposa de Luis XII á quien Luisa había odiado siempre. Francisco, demasiado esclavo de las impresiones que recibía de su madre, había aprendido de ella á considerar las acciones del condestable con una pasion de baja envidia indigna de él. Sus azañas y bizarría en la batalla de Marignán no se habían recompensado bastante; se le había llamado del gobierno de Milán con pretextos algo frívolos, y se le había recibido muy friamente, no mereciéndolo por la prudencia con que se había portado en este cargo difícil; se había suspendido el pago de sus pensiones sin ninguna convincente razon; y durante la campaña de 1521, el rey, como queda dicho, le había afrentado á vista de todo el ejército, con-

firiendo el mando de la vanguardia al duque de Alençon. El condestable soportó al principio estas injusticias con mayor moderacion de la que se debía aguardar de un príncipe altivo, que conocía lo que se debía á su calidad y servicios. Al fin, las multiplicadas injurias apuraron su sufrimiento, y lleno de ideas de venganza, se retiró de la corte, y comenzó á entablar una correspondencia con algunos ministros del emperador.

Hacia este mismo tiempo la duquesa de Borbon murió sin potestad: Luisa á quien su temperamento no arrastraba ménos al amor que á la venganza, y que era susceptible todavía de una pasion tierna á cuarenta y seis años de edad, principió á mirar con otros ojos al condestable, que unía á las dotes del espíritu todas las gracias del rostro; y formó el proyecto de casarse con él á pesar de la diferencia de tiempo. Borbon hubiera podido aguardar de la loca ocasion de una mujer que gobernaba á su hijo y á la Francia, la más encumbrada fortuna á que pudiera aspirar un ambicioso; mas sea que no estuviera dispuesto á pasar repentinamente del odio al amor, sea que fuera demasiado grande para abatirse á disimular su aversion, y á fingir amor á una mujer, que le había perseguido tanto tiempo y tan injustamente, no se contentó con rehusar el matrimonio que se le propuso; mezcló tambien en su repulsa burlas amargas acerca de la persona y carácter de esta princesa. El desquite de ver el ultraje añadido al desprecio, cambio en el odio más violento su amor desdenado, y conociendo que no podía desposarse con Borbon, resolvió perderlo.

Con este designio se puso de acuerdo con el canciller Duprat, hombre que, prostituyendo bajamente sus extraordinarios talentos y profunda inteligencia en las leyes, había subido á este puesto eminente. Por su dictámen semovió al condestable un pleito formal, encaminado nada ménos que á despojarle de toda la riqueza que pertenecía á la casa de Borbon. Se reclamó una parte en nombre del rey, como devuelta al patrimonio de la corona; y la otra en nombre de Luisa, como la más cercana heredera por su nacimiento de la difunta duque-



sa. Ambas pretensiones estaban destituidas igualmente de todo derecho legítimo; más Luisa con sus sollicitaciones y autoridad, y Duprat á fuerza de artificios y de sutilezas legales, consiguieron de los jueces el secuestro de los bienes de la casa de Borbon.

Este juicio inicuo desesperó al condestable y le hizo tomar un partido que el despecho podía solamente hacerle adoptar. Renovó sus intrigas con la corte imperial, y persuadiéndose que las injusticias que había sufrido le autorizaban á emplear todos los medios de vengarse, ofreció al emperador reconocerle por su soberano natural y ayudarle á conquistar la Francia. Carlos y el rey de Inglaterra, á quien se confió el secreto, aguardaban las mayores ventajas de su rebelion y no vacilaron un punto en recibirlo con los brazos abiertos; no perdonaron á promesas ni á caricias para confirmarle en su resolucion. El emperador le prometió en matrimonio á su hermana Leonor, viuda del rey de Portugal, con una dote cuantiosa. Sus intereses hicieron un artículo principal del tratado concluido entre Carlos y Enrique: se debía darle los condados de Provenza y del Delfinado con título de rey; el emperador se obligaba á entrar en Francia por los Pirineos, y Enrique á invadir la Picardía con los flamencos; doce mil alemanes á expensas de ambos debían penetrar por la Borgoña y obrar de concierto con Borbon, que se encargó de levantar seis mil hombres en el corazon del reino entre sus vasallos y amigos. Se defirió la ejecucion de esta arriesgada y profunda conjuracion, hasta el momento en que el rey de Francia atravesara los Alpes con sólo el ejército que hubiera podido defender á sus estados, y como Francisco estaba ya muy abanzado en su marcha hacia Italia, Francia se encontraba en vísperas de su ruina.

Por feliz suerte de este reino, una máquina que duraba desde muchos meses, aunque conducida con el mayor secreto y comunicada únicamente á un corto número de confidentes escogidos, no pudo ocultarse á la vigilancia de algunas personas de la casa del condestable, que le observaban con tanta más atencion, cuanto habían echado de ver su desconfianza de ellos. Dos criados suyos pusieron en noticia

del rey la correspondencia misteriosa de su amo y el conde de Roeux, caballero flamenco, en quien el emperador tenía depositada su mayor confianza. Francisco, que no podía creer que el primer príncipe de la sangre fuera bastante pérfido para entregar el reino á sus enemigos, partió al instante á Moulins, en donde el condestable se había metido en cama, pretextando una indisposicion para eximirse de acompañar al rey á Italia, y le declaró sin rodeos los avisos que acababa de recibir. Borbon protestó su inocencia con los juramentos más fuertes y con la apariencia más persuasiva de candor y de ingenuidad. Comenzando á restablecerse en su salud, decía, prometió al rey unirse al ejército dentro de pocos dias. Este, franco y sincero por sí, se dejaba engañar con facilidad por la perspectiva de estas virtudes en los otros; quedó tan persuadido de la inocencia de Borbon, que jamás quiso consentir en mandar arrestarlo á pesar del dictámen de sus más prudentes consejeros, que le instaban á tomar esta precaucion; y como si no tuviera ya más que recelar, continuó su viaje hacia Leon. El condestable se puso inmediatamente en camino, fingiendo, primero querer seguir al rey; mas revolviendo repentinamente á la izquierda, atravesó el Ródano, y despues de muchas fatigas y peligros se escapó de todas las partidas de tropas que el rey, arrepentido demasiado tarde de su credulidad, envió para prenderle, y llegó con felicidad á Italia.

Francisco tomó todas las precauciones posibles para prevenir, á lo ménos, los funestos efectos de la falta irreparable que acababa de cometer. Puso guarniciones en todas las plazas fuertes sitas en las tierras del condestable. Mandó arrestar á todos los caballeros que sospechó de la trama, y como no había podido aún descubrir toda la extension del plan, ni saber hasta qué punto la corrupcion había cundido entre sus súbditos, receló que su ausencia los alentara á alguna intentona desesperada y renunció á la idea de conducir en persona su ejército á Italia.

Pero no abandonó sus designios acerca del Milanés: nombró al almirante Bonnivet para mandar en su lugar y marchar á Italia al